

# Al Paso



En el crepúsculo de la tarde; tras el agónico chirriar de las puertas, se pone en marcha el cortejo; suenan tambores de vida y muerte. Viernes Santo tarde. Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; perdón y vida para el hombre.

En ese balcón abierto, por el que entran los primeros olores primaverales y el hedor del anochecer, asoma esa madre, de rostro dulce y mirada perdida, con la cabeza reclinada en la mano meditadora y triste. Plena e intensamente saborea el ambiente y siente en su piel el suave tacto del aire; el niño tirando de la falda de su madre, como el tictac del reloj, pregunta constante y monótonamente: ¿Pero vienen ya?, ella inmersa en su abstracción responde: pronto, pronto.

Pasan por su mente, por su corazón, aquellos días de tantos años, en los que se afanaba con premura preparando túnica y demás enseres, que su marido tenía que lucir en su procesión, en ese cortejo sacro que tanto amor había despertado en ella con el transcurrir de los años.

Las eternas noches de duro invierno junto al fogón, bordando con su mejor saber y santa paciencia, aquellas medias con disparidad de filigranas de bordados, que él con tanto cariño le ponía y lucía. Las múltiples horas empleadas en almidonar y planchar las enaguas para que quedaran bien recias, como mandaban los cánones del buen nazareno estante.

Luego venían las carreras del último momento, ¿dónde estaban las estampas?, removía toda la estancia para encontrarlas y nada, no aparecían; pero ella sabía muy bien donde estaban; él a su lado, en silencio, sacaba su vieja cartera que guardaba en

su chaqueta junto a su corazón, quitando los dos dobles de goma que la mantenían cerrada y sacaba las estampas que tenía envueltas en fino papel, para que

no se estropearan y se las entregaba. Ella como siempre, las abría y sin poder remediarlo, brotaba dos lágrimas de sus ojos. —La contemplación del Cristo de la Misericordia le producía en sus adentros un algo, que inevitablemente terminaba siempre en esas lágrimas—. Mamá, mamá, ya están aquí.

El decir repetitivo del niño, junto al sonar del tambor, hacen que la madre abandone sus recuerdos.

Al final de la angosta calle, como escondido en la esquina, aparece poco a poco, tambaleante, el trono de ese Cristo que es su vida. Todo el calvario lleno de rosas rojas, como si se pretendiera tapar la sangre derramada por él.

Mira mamá, ese es el paso de papá. —Dice el niño nervioso.

Si hijo, sí, este fué y será siempre el paso de papá. Cuando sea mayor saldré en el sitio de papá.

Por un instante, ella ve a su marido en su puesto de estante, sudoroso, dolorido, con el rostro desencajado por el esfuerzo realizado.

Alzando la vista, se encuentra cara a cara con ese Cristo Misericordioso; viniéndole a la mente aquellas palabras que su marido le decía:

Mujer... Pero no hay emoción comparable a la que se apodera de nosotros cuando vemos la cara divina de nuestro Cristo de la Misericordia, que nos dice en silencio, sin palabras, AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS COMO YO OS HE AMADO.

Andrés Moreno Pedreño  
Vicepresidente